

## 14° Capítulo del Abad General para el CFM – 10.09.2012

El primer grado de humildad es aquel sobre el que san Benito se expresa más ampliamente. Se entiende que se trata para él de un grado fundamental, que es la base de todos los demás, que ofrece la razón para subir todos los otros, la razón para buscar la humildad y vivir en ella. En este grado vuelve al tema del temor de Dios, del temor de Dios que consiste en reconocer su presencia y su voluntad en nuestra vida.

“El primer grado de humildad es que el monje mantenga siempre ante sus ojos el temor de Dios y evite por todos los medios echarlo en olvido; que recuerde siempre todo lo que Dios ha mandado y medite constantemente en su espíritu cómo el infierno abrasa por sus pecados a los que menosprecian a Dios y que la vida eterna está ya preparada para los que le temen.” (RB 7,10-11)

Después añade: “Tenga el hombre por cierto que Dios le está mirando a todas horas desde el cielo, que esa mirada de la divinidad ve en todo lugar sus acciones y que los ángeles le dan cuenta de ellas a cada instante. Esto es lo que el profeta quiere inculcarnos cuando nos presenta a Dios dentro de nuestros mismos pensamientos” (7,13-14). San Benito cita después algunos versículos de Salmos sobre este tema.

No estamos acostumbrados a esta clase de discursos, y pensamos, instintivamente, con cierta antipatía, que Dios nos observa siempre y controla si hacemos lo que Él quiere. Después, encontramos insoportable que los ángeles hagan de espías. Queremos ser libres, independientes, ser tratados como adultos responsables.

Pero estos sentimientos no son del todo inocentes y, sobre todo, no se corresponden con la verdad de las cosas. Son como un prejuicio, un prejuicio sobre Dios y su relación con el hombre. Un prejuicio que, en el fondo, nace con el pecado original. La serpiente ha inspirado a Adán y Eva un sentimiento de desconfianza en su relación con Dios que les ha llevado a la rebelión y, después del pecado, este sentimiento de desconfianza en su relación con Dios se ha hecho más fuerte, de tal modo que se esconden a la llegada de Dios al jardín, llenos de miedo y vergüenza (cfr. Gn 3,1-10).

Así pues, esta desconfianza nace en la conciencia del hombre como consecuencia del orgullo de querer ser como Dios sin Dios: “Llegar a ser como Dios”, había prometido la serpiente a Eva (Gn 3,5). Pero debían hacerlo a escondidas de Dios, lejos de Él, lejos de su mirada. Y Dios, que lo ve todo, ha dejado a Adán y Eva este espacio para hacer algo a sus espaldas, como si Él no estuviese, aún más: contra Él. Es el espacio de la libertad. La libertad debería recordarnos que Dios, aun estando presente en todas partes y viendo y conociendo todo, incluso nuestros pensamientos más escondidos, no quiere que lo sirvamos y le obedezcamos por temor.

Dios no quiere ser el guardián de una prisión, o el policía que observa todo, preparado para intervenir y castigar. Dios da a nuestra libertad la posibilidad de negar la realidad, de negar lo que, en el fondo, es evidente. Que Dios esté en todas partes y conozca todo es una realidad evidente por sí misma. Si Dios existe, si Dios es Dios, es evidente que nos “mira siempre, en todo momento” (7,13) y que esté “siempre dentro de nuestros pensamientos” (7,14). Pero somos libres de no pensar en esto, de olvidarlo, de vivir como si no fuese así.

Pero esto es el comienzo de la caída, la caída de los orgullosos. La serpiente del Edén no es más que un ángel caído del cielo por el orgullo, negando el amor de Dios, y que simbólicamente se encuentra arrastrándose por tierra.

Esto quiere decir que el camino de vuelta, de la conversión a la humildad, debe comenzar desde aquí. Se trata, en el fondo, de volver a encontrar la presencia de Dios y su mirada sobre nosotros, sobre nuestro corazón, no como lo que nos impide ser nosotros mismos, sino como la condición de nuestra felicidad y plenitud. Se trata de volver a abrir los ojos a la realidad, de salir de la sombra de la mentira y del miedo que nos esconden del rostro bueno de Dios que nos busca para estar con nosotros.

Para san Benito, como para toda la tradición judeo-cristiana, este trabajo se llama “memoria”, hacer memoria de Dios y de su voluntad. Recordar a alguien quiere decir poner aquella persona ante nosotros y ponernos nosotros en presencia de esta persona. Pero la memoria de Dios no nos pone ante un recuerdo, ante un pensamiento de Dios, sino ante el hecho de que Él está siempre presente y nos mira. Acordarnos del Señor quiere decir reencontrar la relación perdida con Él. Es como despertarse del sueño, en el que tenemos ante nosotros solo sueños, presencias irreales, para encontrarnos ante lo que es verdaderamente real: Dios, su designio sobre nosotros, su mirada, su amor, las palabras que nos dice. Esta es la verdadera realidad, y debemos despertarnos del olvido y la distracción que nos sustrae de ella y nos hace andar a la deriva de los sueños de nuestro orgullo. Cuando la serpiente la engañó, Eva se puso a soñar con los ojos abiertos: “Entonces, la mujer vio que el árbol era bueno de comer, agradable a los ojos y deseable para adquirir sabiduría” (Gn 3,6). También a nosotros, ¡cuánto nos hace soñar el orgullo, la vanidad, y todo lo que pensamos sin pensar en el Señor!

Como el hijo pródigo, tenemos siempre la necesidad de “volver a nosotros mismos” (cfr. Lc 15,17) y pensar en el Padre para regresar a su presencia, a la realidad verdadera de la presencia y del amor del Padre. “Cuando aún estaba lejos, el padre lo vio y conmovido corrió a su encuentro y se le arrojó al cuello y le besó” (Lc 15,20). Es así como Dios nos mira, es así que nada se le escapa y como escruta nuestros pensamientos: no para juzgarnos, condenarnos y castigarnos, sino para abrazarnos ansioso y acogernos para “estar siempre con Él” (cfr. Lc 15,31).

La gehena que quema a quien desprecia a Dios, en la que san Benito pide que se piense continuamente (RB 7,11), es precisamente la degradación y la tristeza de quien se sustrae y se mantiene a distancia del amor del Padre misericordioso. Sin embargo, “para aquellos que temen a Dios está preparada la vida eterna” (ibidem), porque el temor del Señor consiste precisamente en no olvidar la presencia de Dios como realidad a la que nuestra vida puede adherirse para siempre.

Esta conversión, este retorno, nos lo pide san Benito hasta en nuestros pensamientos, que son el instrumento del olvido o de la memoria, por lo tanto del alejamiento o la vuelta al Señor. Este es un gran tema en toda la ascesis monástica. Sin un trabajo sobre nuestros pensamientos, toda la vida monástica no sería otra cosa que un desfile de moda religiosa, porque no tendríamos otra función que la de llevar hábitos extraños...

Por lo tanto, creo que lo más importante para tener presente desde el primer grado es que la humildad, como toda virtud cristiana, es una cuestión de relación con el Señor. No es un estado espiritual a alcanzar, como se alcanza, por ejemplo el nirvana. La humildad tiene como grado fundamental, que en cierto sentido tiene toda la escala, la vuelta a la memoria de la presencia de Dios en nuestra vida, y en todos los demás grados de humildad no encontraremos otra cosa que esto, el profundizar en esto. En la vida cristiana no se vive nada que no esté relacionado con el Señor.

Cuando san Benito regresa a Subiaco después de haber vivido la experiencia de superior de una comunidad que ha intentado envenenarlo, san Gregorio Magno dice, con una expresión ya famosísima, que “*habitavit secum* – vivió consigo mismo”. Pero estas dos palabras no bastan para describir el recogimiento en el que san Benito se retiró; es necesario citar toda la frase de san Gregorio: “*Solus in superni spectatoris oculis habitavit secum* – Solo, bajo los ojos de quien nos mira desde lo alto, vivió consigo mismo” (*Diálogos II, Cap. 3*).

Bajo la mirada de Dios es como Benito se encuentra a sí mismo y se recoge, es en la presencia del Señor que lo mira con amor donde reencuentra la paz y el camino de su vocación. Este es el primer grado de humildad, el grado fundamental, “saltándolo” no se puede pasar a los demás. San Benito, antes de pedírnoslo a nosotros, lo ha vivido primer él en Subiaco y después durante toda su vida.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*